

CUADERNOS
DE HORIZONTE

Bebé de las Nieves

seguido de
Niños del Ártico

JOSEPHINE DIEBITSCH PEARY

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO DE
PILAR RUBIO REMIRO

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

Colección Cuadernos de Horizonte, 29

© del texto: Josephine Diebitsch Peary
© de la traducción del inglés y del prólogo: Pilar Rubio Remiro

© De esta edición: FESTINA LENTE EDICIONES, S. L. U., 2023
Todos los derechos reservados.

Primera edición: noviembre, 2023

Publicado por LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES
C/ Mesón de Paredes, 73, 28012 (Madrid, España)
www.lalineadelhorizonte.com
info@lalineadelhorizonte.com

Directora editorial: Pilar Rubio Remiro
Coordinación editorial: Miguel S. Salas
Corrección: Luis Porras Vila
Diseño de cubierta:
Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

ISBN: 978-84-17594-88-6
Thema: WTL, 1MTNG | Depósito Legal: M-31250-2023

Imprime: Cofás | Impreso en España

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima
proviene de una gestión forestal sostenible.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción,
distribución, comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley.

Sumario

PRÓLOGO. UNA DE ELLOS ... 9

BEBÉ DE LAS NIEVES ... 21

NIÑOS DEL ÁRTICO ... 63

PRÓLOGO
UNA DE ELLOS



Hemos reunido en un solo volumen los dos relatos aparecidos en 1901 y 1903 que escribió Josephine Diebitsch Peary (1863-1955) al término de su experiencia polar: *Bebé de las Nieves y Niños del Ártico*. Con ellos se completa la trilogía que encabeza sus diarios de la expedición a Groenlandia de 1891-1892, *Diario ártico. Un año entre los hielos y los inuit* que precede en su publicación a estos, sus dos últimos relatos. En esta ocasión, en vez de la voz en primera persona que articula sus diarios anteriores, la autora se atiene a la voz de una narradora que observa con más distancia los hechos dirigiéndose a alguien de la familia o a un lector imaginario, y desde el propio nacimiento de su hija, Marie Ah-Ni-Ghi'-To Peary, le cede la voz protagonista a la niña para dirigirse a lectores infantiles, lo que, para sorpresa de su autora, hizo alcanzar, nada más ver la luz, un éxito de ventas prodigioso. Se entiende esta acogida porque, al igual que sus diarios, estos relatos transpiran la misma placidez, el mismo asombro ante la belleza serena de un paisaje al que escamotea su rostro feroz para ofrecernos el lado más amable, el gozo sin disimulo de un espacio abierto a lo imprevisto y el regalo de una intensidad inconmensurable.

Josephine Diebitsch no se consideraba, ni era, una escritora o una periodista, pero tenía la capacidad de transmitir de forma sencilla la experiencia nada vulgar de una expedición a las regiones polares. En los años que reproducen estos escritos y sus seis viajes de expedición a Groenlandia, desde 1888 a 1902, guiados por

el empeño de su marido Joseph Peary en conquistar el Polo Norte, Josephine no se resigna a quedarse en casa, reclama un papel activo en esta aventura y jamás se escapará de su ánimo una mención al desaliento. No olvidar que su decisión de acompañar y realizar tareas de apoyo a las expediciones de Peary fueron reprobadas públicamente por otros exploradores del ártico, máxime cuando en el verano de 1893 se embarca embarazada de cinco meses y da a luz en septiembre a una niña a 77° 44' de latitud norte, donde jamás ninguna mujer blanca lo había hecho. Con ella viaja otra mujer a la que no menciona: la señora Suzan Cross, enfermera y comadrona, y que habían reclutado en un anuncio en la prensa. Esta niña, a la que pondrán el nombre de Ah-Ni-Ghi'-To en honor a la mujer inuit que cosió sus ropas, se erige en la protagonista de estos relatos desde el mismo momento de su nacimiento y hasta los nueve años, edad que tenía tras otros cuatro viajes a Groenlandia en compañía de su madre. El universo que trasciende es por ello femenino, no solo lo personalizan madre e hija, sino las mujeres y niños inuit que les rodean y que serán sus compañeros de juegos, especialmente la niña inuit de doce años que cuidaba a Marie, E-Klay-I-Shoo, a la que llamaban Miss Bill o Billy Bah y que incluso se llevan con ellos a Filadelfia donde vivirá un año y de la que se registran algunas de las primeras impresiones de la niña en una sociedad tan ajena. Si en *Diario ártico* Josephine emplea su mirada femenina sobre las sombras que siempre dejan anónimas los relatos masculinos, en estos el foco está en la mirada infantil, de ahí la escasa elaboración y el lenguaje sencillo de su escritura. No hay que olvidar que el propósito de la edición de estos dos relatos era

recabar financiación para las expediciones de Peary, y que en el tiempo entre una y otra, mientras su marido se encontraba en Groenlandia, su mujer aprovechaba su propia fama como exploradora escribiendo artículos para periódicos, negociando exclusivas, consiguiendo patrocinadores y recorriendo el país dando conferencias y charlas en las que hablaba sin boato, pero con sinceridad y pasión sobre las costumbres de los nativos a los que había observado con detenimiento y sobre las propias experiencias vividas en tan difíciles circunstancias. Su falta de teatralidad, su indisimulado placer por la huella de una experiencia que disfrutó escondiendo la angustia de sus pasajes más desafortunados la convirtieron en una heroína muy popular. Sus libros encontraron eco en una ansiosa masa lectora que devoraba las vicisitudes de la aventurera blanca como el gran y definitivo triunfo sobre los límites de las geografías desconocidas, los medios inhóspitos para la vida humana y el sortilegio de lo heroico. La exploración polar, recién inaugurado el siglo XX, encarnaba en la fantasía popular una curiosidad y admiración ilimitadas. Sus conferencias encandilaban a la prensa, cuyo seguimiento aumentaba en lectores, y su propia casa se había convertido en la clase de universo exotizante que deslumbraba a invitados de fuste, tan necesarios para cubrir los costes de las expediciones del equipo. Era más que un gabinete de curiosidades, era un museo vivo de las artes y costumbres que tenían lugar en ese mismo instante a no mucha distancia de latitud norte. Los visitantes del apartamento de Remsen Street en Brooklyn recordaban extasiados contemplar los colmillos y pieles de narval, las pieles de oso polar que tapizaban los sillones, el busto de un hombre inuit

con las ropas de pieles y adornos que se extendían a las vitrinas con extrañas figuritas talladas en marfil de narval y dientes de morsas.

Ambos relatos, traducidos al castellano por primera vez, cubren las cuatro expediciones de madre e hija. Cada uno de ellos encaja un suceso notable. En la primera estancia de 1893-1894 ocurre el nacimiento de la verdadera protagonista: su hija María, la Bebé de las Nieves en la cabaña del fiordo Bowdoin, golfo McCormick, en el extremo noroeste de Groenlandia, donde estaba previsto permanecer dos años, pero finalmente se acortó a uno. Al igual que hará su marido con Matthew Henson, su ayudante número uno al que apenas menciona a pesar de su importancia, Josephine no nombra en ningún momento a la enfermera Cross, pero sí lo hace con E-Klay-I-Shoo, la niña inuit de doce años, Miss Bill, que cuidaba de su hija Ah-Ni-Ghi'-To y que incluso vivirá la experiencia de viajar a Estados Unidos con la familia y permanecer allí todo un año. Este nacimiento en semejantes condiciones ya muestra el empeño de esta dama por crear un lugar para sí misma, un suceso de mérito en el espacio reservado al heroísmo masculino, que suscitó asombro y rechazo a partes iguales. Puede que Josephine fuera consciente del valor simbólico de su hazaña porque nos relata que tan pronto como volvió a asomar el sol por el horizonte sacaba a la niña al exterior envuelta en la bandera de las barras y estrellas.

En la segunda expedición de 1897, en la que vuelven a participar madre e hija, y en la que se celebrará el cuarto cumpleaños de la niña, camuflada entre los juegos de su protagonista y de los amiguitos inuit con los que convive encantada, se da cuenta de dos de las

historias más deshonrosas que ensuciaron las expediciones de su marido: el robo y expolio de tres meteoritos a los que los nativos guardaban gran devoción y de los que extraían el hierro para fabricar sus cuchillos y puntas de lanza con los que cazar. A falta de logros visibles en el transcurso de su proyecto, Peary vio en ellos la manera de hacer caja para sus propósitos. Los dos primeros, llamados La Mujer y su Perro, ya se los había llevado cuando regresó en el barco que había traído a Miss Bill, la niña inuit, dos años antes; el tercero, al que habían bautizado como el *Tupic* de la mujer de hierro, se embarcó durante esta estancia en la que podemos apreciar la dificultad de tamaña empresa. Obtuvo por ellos la inestimable cifra de 40 000 dólares que pagó el Museo de Historia Natural. Nada se dice de otra ignominia, la de llevarse con ellos de vuelta a seis inuits: el pequeño Minik, su padre Qisuk y otros cuatro a petición del antropólogo Franz Boas para ser estudiados en el mismo museo de Nueva York. Cuatro murieron de pulmonía, incluido el padre, otro fue devuelto a Groenlandia y el pequeño Minik tuvo una existencia dolorosa y conflictiva que acabará con su temprana muerte a los veintiocho años durante la epidemia de gripe en Nueva York de 1918. En el relato solo se alude vagamente a los esquimales que viajaban con ellos, ninguna alusión a la realidad que les esperaba.

El 20 de julio de 1900, madre e hija parten de nuevo. Tercera experiencia ártica para ambas. En el transcurso de estos viajes Josephine había tenido otra hija que murió poco después. Iba a ser un simple viaje para aprovisionar la expedición y comprobar el estado de su marido, pues le informaron que había sufrido congelaciones graves en los pies, y de hecho le habían

amputado siete dedos. Marie Ah-Ni-Ghi'-To tenía ya seis años y la voz de su madre va desapareciendo para dar paso a la de su hija a través de sus diarios y cartas. Nada sale bien en esta ocasión, y lo que iba a ser un viaje tranquilo y rutinario se convierte en una fuente de problemas y frustraciones que se escamotean al relato. La primera de ellas sobrevino con el infortunio de quedarse aprisionadas en el hielo durante un largo año. El objetivo de este nuevo proyecto era dirigirse a Groenlandia para descargar las provisiones, pero sobre la marcha supieron que su marido se encontraba en Ellesmere, Canadá, y al tener que virar hacia allí les sorprendió el congelamiento de la banquisa, en el estrecho entre las dos islas, por lo que el Barlovento quedó encerrado a unas millas de la costa de Fort Conger durante largos meses. Nuevamente, fiel a su espíritu aventurero y disfrutador, lejos de transmitir enojo o aburrimiento ante lo inesperado, asistimos a tanta actividad a través de la niña y sus amigos que más parece un crucero turístico: en el barco se celebran fiestas infantiles y juegos, y en los paseos por la costa asistimos a carreras de trineos, jornadas de caza y diversiones con los niños inuits. También se entretienen recibiendo en el barco visitas de adultos y familias, pero, vaya, una en concreto habría de traer a Josephine D. Peary el momento más amargo de su vida. Como es habitual con los asuntos desagradables, nada se inmiscuye en los diarios de su hija Marie que solo habla de lo entretenido de estas amenas visitas, y no alude a la presencia, entre ellas, de una joven madre, Aleqasina (Allaka, Allakasingwah, Akatingwah, Ally), con su hijo Anaukkaq. Aunque ella estaba casada con Piuaittuq Ulloriaq, el hijo que le muestra inocentemente

a Josephine era de su propio marido, Robert Peary. Se trataba de la familia inuit de su esposo.

Sobre este capítulo, que conoceremos después por otros documentos, incluida la amarga carta de veintiséis páginas que le escribe su mujer, no solo recae el drama familiar de una mujer cuando sabe que su marido ha llevado una doble vida y fundado otra familia (la relación como sabemos por el testimonio del propio Peary continuó), sino una cuestión transcendental que atañe a la desigual relación de poder, no solo de las mujeres inuits en su propia cultura, sino a la presión y al impacto sobre ellas de los colonizadores y expedicionarios y del momento transcendental de su contacto. En una cultura tan vinculada a la movilidad como la inuit, dependiente de los medios de subsistencia en un espacio cambiante por sus condiciones climáticas, las peculiares relaciones de género han dado pie a numerosos estudios. Muchos años después, una expedición al mando de S. Allen Counter encontró en 1960 a los descendientes inuits tanto de Peary como de su asistente personal durante veintidós años, el afroamericano Matthew Henson, historia que dio lugar al relato y documental *North Pole Legacy: Black, White and Eskimo*.

Aún habría una breve y cuarta expedición a bordo del Barlovento en la que participaron madre e hija. Tuvo lugar entre julio y septiembre de 1902, y para entonces Marie Ah-Ni-Ghi'-To tenía ya nueve años y era toda una celebridad, pues *Bebé de las Nieves* se había publicado en 1901 obteniendo rápidamente unas ventas extraordinarias, lo que hizo demandar la aparición de *Niños del Ártico*, tan solo dos años después. Merece la pena fijarse que este último no lo firma con su apellido de casada

—aun así, siempre había mantenido la D. de su propio apellido—, sino con el suyo propio, lo que muestra un empeño por hacer valer su propia voz.

Hoy podemos leer este testimonio desde el embeleso intacto que aún suscita una de las culturas más sorprendentes de la humanidad confrontada a un medio verdaderamente hostil. Un siglo después muchas de sus costumbres han sucumbido, pero la descripción de sus ropas y el proceso de la confección de sus pieles, las costumbres familiares, sus objetos de cultura material, sus hábitos y habilidades de caza, su alimentación, sus formas de movilidad, la construcción y el uso detallado de sus viviendas y las circunstancias de su vida cotidiana, ya prácticamente desaparecidas, convierten estos relatos en una lectura de sostenido asombro. Al igual que en su *Diario ártico*, Josephine Peary se muestra en todo momento como lo que es: una dama victoriana de sólidos principios interrogada por otras realidades incómodas, extrañas y ajenas, pero ante las que interpone un talante que, si bien deja traslucir su inicial rechazo (suciedad, olor, desnudez, comida), acaba por abandonarse a la aceptación de la otredad y de ahí al placer de compartir experiencias. Es una avezada observadora, siempre pródiga en detalles y descripciones, consciente en todo momento del privilegio de participar en la gran aventura de la exploración ártica con temple y afán de implicación. Elige y se inserta en un nuevo espacio de libertad personal para las mujeres y, al romper sus estrictas reglas, propicia una vía a otras féminas en la dura carrera de la exploración y el conocimiento de las geografías y culturas árticas. Sobrevivió a su marido treinta y cinco años, tiempo en el que no se apartó de su

pasión ártica, lo que le valió la concesión de una medalla de la Royal Geographical Society al final de su vida y el reconocimiento para la posteridad de su estatus de exploradora.

PILAR RUBIO REMIRO

BEBÉ DE LAS NIEVES



A cientos y cientos de kilómetros de distancia, en el blanco y helado norte, mucho más allá de donde los grandes barcos salen a cazar enormes ballenas negras, se extiende una maravillosa tierra de nieve y hielo, montañas, glaciares e icebergs, en la que extrañas personitas marrones llamadas esquimales,¹ vestidas con pieles de animales, viven en casas de nieve.

Durante el verano el sol nunca se pone en esta maravillosa tierra, sino que brilla todo el tiempo, día y noche. La nieve se derrite sobre el suelo; brotan flores azules, blancas y amarillas y renos de pardo pelaje y suaves ojos deambulan picoteando la hierba mala.

23

El hielo se rompe y se desplaza hacia el mar. Avanzan los glaciares o ríos de hielo crujiendo y gimiendo hacia el agua, hasta que enormes icebergs se desprenden y se alejan flotando como níveos barcos. Las olas azules bailan y centellean al sol, y por todas partes los arroyos cantarines se precipitan desde las montañas o caen en cascadas plateadas sobre los acantilados, donde millones y millones de ruidosas aves marinas vienen a poner sus huevos.

Enormes morsas negras, más grandes que bueyes, se arrastran sobre el hielo y duermen al sol, o pelean

1 El término *esquimal* (en inglés *eskimo*) significa «comedor de carne cruda», una acepción habitual, pero despectiva, para referirse a los indígenas de las poblaciones árticas usada en la época en que está escrito este relato. Hoy se utiliza comúnmente el término *inuit* que significa «el pueblo» (N. de la T.).

con sus largos colmillos de marfil y braman pudiéndose oírlas a kilómetros de distancia.

Focas moteadas de piel resplandeciente nadan en el agua y cardúmenes de narvales, que solían llamarse unicornios, se lanzan de un lugar a otro más veloces que el barco de vapor más rápido, con sus largos colmillos de blanco marfil que sobrepasan la altura de un hombre, centelleando como lanzas dentro y fuera del agua.

De vez en cuando, un feroz y peludo oso blanco corre sobre las placas heladas o nada en el agua en busca de una pobre cría de foca para cenar. Los esquimales, remando velozmente por el agua en sus extraños botes de piel, o kayaks, persiguen con arpones y lanzas a todos estos animales hasta matarlos.

En invierno no hay sol y durante cuatro larguísimos meses la oscuridad es total, día y noche. Tal como ocurre aquí durante la noche, tan solo la luna y las estrellas aportan luz. La tierra está revestida de densa nieve, a través de la cual los pobres ciervos tienen que excavar con sus pezuñas para obtener unas cuantas briznas de hierba y musgo. El mar está cubierto de hielo en varios centímetros de espesor. Los pájaros desaparecieron y las morsas y narvales se han ido lejos, a mar abierto. Solo quedan unos pocos osos hambrientos y los esquimales con sus perros. El frío es tan terrible que estas gentes morirían congeladas en una hora si no fuera por sus gruesos y cálidos abrigo de piel bajo el manto de grasa interior.

Lejos, más al norte, más allá del círculo polar ártico, se halla una tierra habitada por una pequeña tribu de esquimales, llamada Montañeses del Ártico. Estos son los habitantes conocidos más al norte del mundo.

Dependen por completo de su territorio para todo lo que necesiten y, como hace mucho frío y parte del año viven sin sol, hay muy poca vida vegetal, de modo que sobreviven solo de los animales, usando la carne como alimento y las pieles para su ropa. Durante la corta temporada de verano, cuando brilla el sol, la hierba y las flores crecen rápidamente; los pájaros regresan y construyen sus nidos y, ¡ay!, los mosquitos salen en enjambres. Pero esto dura poco tiempo.

Aquí, en esta tierra maravillosa, en una negra casita, a los pies de una gran montaña marrón, vino al mundo, un luminoso día de septiembre, una niña blanca como la nieve y con grandes ojos azules.

Y esta es la casa tan singular que se encontró: tenía solo un piso de altura, su exterior estaba recubierto con una gruesa capa de alquitrán negro, las paredes tenían más de treinta centímetros de grosor y había muchas ventanas para una vivienda tan pequeña, una de ellas era tan ancha que cruzaba la parte alta de la casa, como si fuera un invernadero. Era para permitir que sus reclusos disfrutaran del sol mientras durase.

Alrededor de la casa había una galería cerrada, cuyos muros estaban forrados con cajas de comida, galletas, azúcar, café y té, ya que nada de esto se podía comprar en el lugar, salvo la carne.

En el interior, la habitacioncita que se encontró la bebé estaba tapizada con suaves y cálidas mantas, el suelo cubierto por una resplandeciente alfombra, muchos libros, una máquina de coser y cuadros en las paredes. Todo esto, al igual que las cajas de comida del exterior, había sido transportado en el gran barco que había traído al padre y la madre de la bebé a este extraño país.

La cuna en la que yacía la bebé estaba cubierta con agradables y calientes pieles de reno, por entre las cuales ni siquiera el terrible frío de la larga y oscura noche podía penetrar. Una ventana de la habitación daba a un gran glaciar o río de hielo, y la otra a altas montañas rojizas y marrones que bordeaban una bahía en la que flotaban montones y montones de icebergs, de las formas más extrañas y fantásticas, así que se podía imaginar que algunos de ellos eran el palacio del Rey Hielo; otros, blancos barcos y aún en otros más se podría reconocer el rostro cruel y blanco del Rey Hielo.

Cuando las extrañas gentes de esta tierra se enteraron de que había aparecido una bebé en la casa y que, algo maravilloso que contar, era perfectamente blanca, cientos de hombres, mujeres y niños montados en trineos tirados por salvajes perros lanudos, que más bien parecían lobos, llegaron para ver a la extraña criatura. Eran gentes morenas, de cabello negro y desgredado, vestidas completamente con pieles, tanto en verano como en invierno.

Le decían «Ow-Nay» y «Ah-Nan-Nan», por lo que ella se les quedaba mirando con los ojos muy abiertos. Luego quisieron tocarla para ver si estaba caliente y no hecha de nieve de lo blanca que era.

Si por casualidad sonreía al mirar a uno de ellos, entonces se producía gran regocijo, pues se consideraba algo muy afortunado. Así que la llamaron «Ah-Poo-Mik-A-Nin-Ny» (la Bebé de las Nieves), y le trajeron como regalo mitones de piel, botitas de piel de foca, colmillos de morsa, pieles de crías de foca y de oso, y muchas cosas más.